

LUIS VALERA

MARQUÉS DE VILLASINDA

# VISTO Y SOÑADO



YOSHI-SAN LA MUSMÉ  
LA ESFERA PRODIGIOSA—EL HIJO DEL BANIÁN  
DAUSANDIR Y GANITRIYA



MADRID

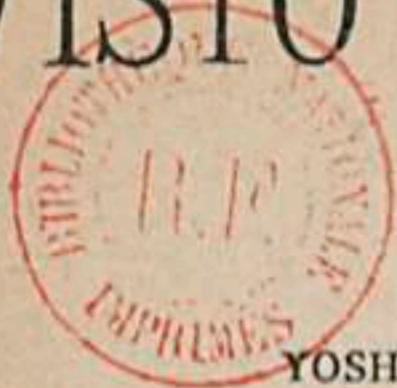
EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C de San Francisco, 4

1903

# VISTO Y SOÑADO



YOSHI-SAN LA MUSMÉ

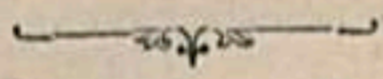
LA ESFERA PRODIGIOSA—EL HIJO DEL BANIÁN

DYUSANDIR Y GANITRIYA

POR

LUIS VALERA

MARQUÉS DE VILLASINDA



MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1903

I

Eran las diez de una noche de Diciembre de 1900. El comedor, *bar*, ó lo que fuese, del *Hotel Cosmopolite*, en Tientsin, estaba colmado de gente.

Aquello era una sala cuadrangular, bastante grande y muy alta de techo, al que sostenían dos hileras de toscas pilastras exagonales, de color rojo muy subido, que corrían paralelamente á la fachada y al testero del fondo. Las cuatro paredes estaban revestidas de un papel blanco, tirando á gris, sobre cuyo tono mate resaltaban chinescos plateados floripondios. En varios sitios tiznaba la tersura del papel, recién puesto, el negro tufo que salía de grandes lámparas de petróleo, sostenidas en vilo, á lo largo de las murallas, mediante unos aros de hierro, cuyos espigones habían sido hincados en ellas á distancias iguales.

Por cima de las lámparas, redondos chafarrinones empañaban también las relumbrantes

lacerías y los dragones de oro, púrpura y azul cobalto del antiguo techo, que el titulado dueño de la casa, al apoderarse de ella y habilitarla para fonda, después del sitio y del saqueo de la ciudad indígena, había dejado tal cual le halló, limitándose á tapar con cañas, cal y unos parches de cualquier papel, los dos ó tres boquetes allí abiertos por los cañonazos de las tropas internacionales.

La casa, antes de la revuelta boxer, había sido un templo taoísta, y la habitación esa, sala ó capilla principal del templo. Aún se veían en ella, arrumbados en un rincón, rotos y polvorientos, no pocos trebejos sagrados, como pebeteros de bronce, vasos de porcelana, trípodes y extrañas imágenes de talla polícroma, dioses y genios de ojos oblicuos y haciendo muecas espantables.

El altar, ó mejor dicho el zócalo ó basamento de la principal estatua, una alargada tarima de laca roja con filetes de oro, había sido transportado del centro de la capilla hacia la pared izquierda, y, colocado á escaso trecho de ella, servía entonces de mostrador. Detrás de la tarima, tres criados chinos cortaban lonjas de jamón y de fiambres, llenaban unas copas de vinos y licores, y lavoteaban otras en una gran campana de bronce, divinamente cincelada, y que, vuelta boca arriba, llena de agua

sucia, hacía á las mil maravillas las veces de fregadero.

Entre la puerta de dos batientes rojos que daba al patio de entrada del edificio, y la puerta más chica abierta enfrente en el testero del fondo, había, hacia el centro de la habitación, una colosal estufa encendida, de hierro caldeado al blanco, y cuya tubería, después de subir perpendicularmente un par de metros, hacía un codo, corría á lo largo del cielo raso, y salía fuera de la casa por una de las dos anchas ventanas, con varillaje y papel en vez de cristales, á usanza china, colocadas respectivamente á uno y otro lado de la puerta grande.

No escaso trecho del piso de alternadas losas negras y amarillas estaba vacío en derredor de la estufa, así porque, en razón del demasiado calor que ésta despedía, nadie quería arrimarse á ella, cuanto porque nadie quería exponerse á las bocanadas de aire frío que se colaban en la habitación cada vez que se abrían las puertas para dar paso, ya á los parroquianos y huéspedes, ya á los chinescos servidores.

Por el resto de la estancia, había desparramadas hasta quince ó veinte mesillas, de laca como el mostrador, y también sin duda parte del antiguo ajuar del templo, en torno de las cuales, por grupos de tres ó cuatro, estaban sentados, fumando, comiendo y bebiendo,

unos sesenta hombres de muy mala catadura.

Casi todos ellos eran ó europeos ó anglo-americanos. En otros, los menos, saltaban á la vista los rasgos fisiológicos de la raza tártara ó de la hebrea. Sus prendas de vestir eran de hechura y corte muy variados; pero todas tenían en común el ser de mucho abrigo y el estar bastante raídas y abundantemente salpicadas de lamparones. La variedad de las fisonomías era también grandísima: habíalas que denotaban principalmente instintos bestiales, de ferocidad ó violencia; otras con un sello de astucia ó de hipócrita bellaquería, y otras en que se pintaba tan sólo, por el instante, el embrutecimiento producido por el ron ó el *whisky*. Pero, como las ropas, tenían las caras aquéllas algo en común: el ser de escasos amigos, y menos de amigos honrados, como tampoco amigas del agua y del jabón. A la legua transcendía que esas gentes eran aventureros, pícaros y dropes de los que, acordándose que á río revuelto la ganancia es de los pescadores sin escrúpulos, á centenares, viniendo de las cuatro esquinas del Extremo Oriente, cual bandadas de cuervos que acuden al campo de batalla una vez terminada la lucha, habían caído sobre el Norte de la China, á fines del verano y principios del otoño de 1900, para ver lo que, sin grandes fatigas, á mansalva, podrían garbear

con ocasión de andar las cosas tan fuera de quicio por allí.

El fondista, un tunante francés, muy largo y socarrón, hombre de mucha corpulencia y formidables puños, circulaba despacio y risueño por el comedor, con una servilleta debajo del brazo, yendo de mesa en mesa para enterarse de lo que deseaban beber ó comer sus huéspedes y deteniéndose á charlar familiarmente con aquéllos que eran más amigos suyos.

Después de andar así durante un rato, llegó, por último, á la mesa más apartada del mostrador, la que estaba en una esquina, cerca del arrumbadero de los dioses chinos, derrocados, rotos y cubiertos de telarañas.

Alzando mucho la voz para dominar el barullo que armaba el gentío, y apoyando las dos manos en la mesa, dijo el fondista, en tono zumbón, á uno de los tres hombres sentados en derredor de ella:

—Buenas noches, Mister Appleby. ¿Estamos de mejor humor que ayer tarde? ¿Van siendo más afortunados esos rebuscos? Me han dicho que hoy, debajo de unos escombros, en no sé qué arrabal de la ciudad china, ha encontrado usted cosa buena, una maravilla de dije, que lo menos, lo menos, valdrá mil pesos en Europa.

Y mientras hablaba, volvía la cara hacia el

mostrador, frunciendo el entrecejo y entornando los párpados, hinchados y rojos como los de un palomo, semejantes á los bordes de una herida enconada, para ver mejor, á través del ambiente cargado de humo y vaho, lo que hacían, en el otro extremo de la estancia, los *boys* ó criados indígenas encargados de despachar bebidas y comestibles.

—Pues le ha mentido á usted el que se lo haya dicho, Sr. Moussette—contestó furioso el Appleby, dando sobre la mesa un puñetazo que hizo saltar y sonar las tres copas que allí había;—ó antes bien, usted está tan enterado como yo de que no ha encontrado nada que valga un pito, y viene á darme vayas para entretenerse. Pues sepa usted que no estoy para bromas. Además, no hay por qué burlarse. No todos tenemos la suerte que usted, ni llegamos aquí cuando no había sino agacharse para recoger por el suelo el oro, ó que emborrachar soldados para que le entregaran á uno su botín.

—Vamos, vamos, no se ofenda usted, amigo Appleby—contestó el fondista, y dió á la vez una palmada amistosa en el cogote de su parroquiano, que era un hombre tan fornido como él, un *yankee* colosal y de muy malas pulgas, el cual, en su tierra, había sido pugilista de oficio y andaba entonces á la briba por el Norte del Celeste Imperio, acechando ocasiones de ganar



dinero con poco trabajo.—Le aseguro á usted que lo dije de muy buena fe, porque así me lo habían contado, y me alegraba de ello. La suerte de cada cual es muy mudable, y no hay que envidiar nunca la de los demás. Todavía puede ser que tomen buen cariz los negocios de usted, aunque ya no es cosa de dedicarse á la rebusca de tesoros, porque, amigo, esos ya los recogieron los listos que aportaron en Agosto por aquí... y no han dejado nada. Como que el Petchilí entero ha quedado limpio de joyas, plata y *bibelots*.

—De los cuales tiene usted buena parte almacenados ahí dentro, ó los ha mandado usted ya á Europa y América, para venderlos á precios fabulosos,—dijo, riéndose y en francés, pero con acento italiano, otro de los personajes sentados á la mesa, hombrecito desgachado, de tez cetrina, grandes ojos zarcos y relucientes, aguileña nariz, rizadas patillas negras y pelo negro también, y muy lustroso, bien peinado y alisado con cosmético.

—Eso dicen, *signor* Oreste Rosa—replicó Moussette, algo contrariado;—pero no es tanto como supone la gente: si bien algunas cosillas logré arramblar al principio, no son de bastante valor para sacar á un hombre de apuros para toda la vida. Otros hubo más afortunados que yo; pero unos cardan la lana... ¡Ah, tunos!... ya

se están bebiendo los licores los *boys* del mostrador. En cuanto me descuido... Con perdón de ustedes, señores, voy á poner orden por allá.

Y, sin más, el fondista se fué hacia donde decía que era necesaria su presencia.

Oreste Rosa, alzando los hombros y sonriéndose, dijo á media voz, apenas se hubo marchado Moussette:

—No gusta el francés de que le hablen de sus saqueos y granjerías. Teme que cunda la fama de lo mucho bueno que aún guarda en los arcones de su despacho y vengan á robarle alguna noche. Se olvida de que quien roba á un ladrón... A mí no me engaña, á pesar de lo que dice y quiere hacernos creer á todos. Anteayer mismo, entré por casualidad en su cuarto, sin meter bulla, y le sorprendí con las manos en la masa, revolviendo joyas chinas tiradas á granel en un cajón abierto de su mesa de escribir. Le dí un susto y un disgusto: al verme se puso como una amapola y cerró el cajón de golpe.

—Como que lo que le soltó Appleby es la pura verdad,—interrumpió diciendo el tercer individuo sentado á la mesa. Era éste un judiillo vienés, llamado David Læwe. Había sido cajero de una casa de comercio en Shanghai, de la cual fué despedido, un par de meses antes, por no entender de contabilidad ó por

entenderla demasiado bien. Entonces, con los ahorros que tenía, compró conservas, licores, hilos, agujas, botones y otras bujerías, y se embarcó en Octubre para Tientsin, donde pensaba vender á buen precio su pacotilla y hacer también, de paso, negocios más provechosos con los guerreros internacionales, adquiriendo de ellos, á trueque de una copa de *cognac* ó de aguardiente, ya una piel de marta, ya un pucherito de esmalte, ya otro de los miles de preciosos objetos chinos que componían el botín de los soldados. Løwe era un ente canijo, algo jorobado, barbilampiño, pálido, muy narigudo, con cara de pájaro y largas melenas de un rubio deslavazado que, revueltas y sucias, le caían sobre la frente y las espaldas. Llevaba gafas con cerco de oro, á través de las cuales se veían, entre párpados pitarrosos y desprovistos de pestañas, unos ojos de miope, melados y sin brillo. Traía puesto un gorro de astrakán mugriento, un chaquet más mugriento aún, pantalones bombachos, de pana, y botas de montar, rotas y enlodadas. Completaba tan estrafalario atavío una corbata roja, de seda, que se estaba deshilachando, y en la cual había prendida una esmeralda de tamaño inverosímil.

El judío, después de tomar un sorbo de cerveza en el pichel que tenía delante, prosiguió hablando:

—Y tan verdad. Moussette llegó á Tientsin apenas terminado el sitio. Entonces no era como ahora. Aquéllos fueron los buenos tiempos. No habíamos llegado á centenares los competidores. Moussette tuvo una idea genial: en vez de buscar á los soldados para comprarles el botín, se las compuso de suerte que los soldados le buscaran á él. Pidió permiso á las autoridades militares, se instaló en este templo, le arregló lo mejor que pudo, y puso en él una cantina. Los soldados acudieron como moscas á la miel. Moussette hizo espléndidos negocios. Dicen que uno de sus compatriotas de usted, Appleby, le cedió un tabor magnífico á cambio de una botella vacía de *whisky*. ¡Si estaría borracho el individuo! Ahora que no se pueden hacer esos canjes tan ventajosos y que andan más listos los soldados porque les queda ya poco botín, Moussette ha trocado la cantina en fonda y nos saca los cuartos, albergándonos, á los páparos que, pensando en hacer el negocio que él hacía, hemos llegado demasiado tarde, cuando apenas quedan migajas del banquete.

—Pues aún se puede hacer algo—dijo Appleby,—á pesar de lo que opinan usted y Moussette. Sin ir más lejos, ayer mismo, Meyer y aquel otro alemán que está sentado allí con él, encontraron en una alquería desierta, en los

alrededores de Tientsin, ocultas debajo de un montón de leños y fogotes, dos cajas, llenas la una de pellizas y soberbios trajes de mujer, y la otra de cachivaches de jade y laca. Como no tenían medios de transportar el hallazgo, se fueron á un pueblecillo de las cercanías, donde quedaban algunos habitantes; entraron en él revólver en mano, amedrentaron á los chinos, requisaron un carretón desvencijado y una mula tuerta, y con carretón, mula y cajas se volvieron contentísimos á Tientsin. ¡Hay gentes que tienen suerte! ¡La mía es perra! Por más que busco no encuentro nada: ni en la ciudad china, ni en el campo. Estoy por largarme á Pekín, quizás allá me vaya mejor.

—No lo crea usted—interpuso el italiano.— En Pekín van siendo también raras las ocasiones. Lo sé por uno que vuelve de la capital. A mí también me va de perros, y lo peor es que se me está concluyendo el dinero que traía de Hong-Kong. Me parece que hice un pan como unas hostias en salir de mi barbería de allá, alucinado por la idea de que iba á hacerme rico, en un periquete, con el botín, acá en el Norte.

—Sí, sí que hicimos mal en llegar tan á destiempo—volvió á decir Løwe.—El caso hubiera sido hallarse en Tientsin durante las primeras semanas después del sitio. Entonces no